

El ocupante de la silla con la letra U

Monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal,
miembro de la Academia Cubana de la Lengua

Por EMILIO BARRETO

Fotos: O. MÁRQUEZ

En el ocaso de la tarde lluviosa del viernes 23 de septiembre de 2005, monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal fue elevado oficialmente a la membresía de la Academia Cubana de la Lengua (a partir de ahora ACL). El acto solemne, que constó de un discurso de acogida al nuevo miembro, pronunciado por el doctor Eusebio Leal Spengler, historiador de la ciudad de La Habana, las palabras del escritor Lisandro Otero, presidente de la ACL, y el discurso de aceptación de monseñor de Céspedes, halló espacio en el teatro del histórico edificio de la Sociedad Económica de Amigos del País, recinto que también acoge a otra entidad honorable, el Instituto de Literatura y Lingüística.

¿Por qué miembro de la Academia Cubana de la Lengua?

Monseñor de Céspedes, vicario general de La Habana, ha pasado a ocupar la silla con la letra U luego de recibir la aprobación en una colegiatura realizada entre los académicos. En la disertación de beneplácito por el puesto, intitulada *El padre Félix Varela y España*, el vicario general de la Arquidiócesis responde la pregunta que da comienzo a este fragmento reporteril: “Leer, escribir y hablar correctamente una lengua es algo más que disfrute formal; es camino de crecimiento. ‘De henchimiento’, diría nuestro Lezama. De estas consideraciones nació la inmediata aceptación de la propuesta de Lisandro y mi gratitud a todos Ustedes, apreciados académicos, por ofrecerme un medio más para poder pagar, en comunión con todos Ustedes, la parte que me corresponde en la deuda generalizada de servir a nuestro pueblo en el ámbito de la lengua que nos nutre”.



En la confesión del padre Carlos Manuel, aunque abunda la sinceridad, tiende a predominar la modestia. Tras la segunda se esconde la relación de varias décadas entre monseñor Carlos Manuel y la ACL. Esos recuerdos también los compartió con sus colegas y con los invitados. En los tardíos sesenta, el ensayista y profesor José María Chacón y Calvo, entonces presidente de la ACL, propuso un sitio al padre Carlos Manuel. Entonces el sacerdote escritor, nacido en 1936, acababa de arribar a la treintena y se consideraba a sí mismo “pobre de formación académica” y “con breves irrupciones en las letras”.

Sin embargo, Chacón y Calvo insistía en la propuesta precisamente sobre la base de la juventud del padre Carlos y de la existencia de una obra todavía incipiente. En el forcejeo amigable venció el joven literato, quien argumentó que, “por el contrario”, se “negaba a aceptar debido a la alta estima en la que tenía a la Academia y al realismo con el que contemplaba” su “juventud de entonces” y su “escaso equipaje académico e intelectual”.

Transcurridos más de tres lustros, la poetisa y narradora, Dulce María Loynaz, por aquellos tiempos rescatadora y presidenta de la ACL, hizo idéntica proposición al clérigo literato, quien había rebasado ya la barrera de los 40. Mas el presbítero, ya con título de monseñor, y con una obra sólida en los terrenos del periodismo de opinión, la conferencia sobre temas eclesiales y culturales, una labor docente como rector y profesor del Seminario San Carlos y San Ambrosio, y notables empeños en la poesía, rehusó nuevamente esgrimiendo “el escaso valor de sus enseres”. La presidenta de la ACL (muchos años después Premio Cervantes de Literatura) replicó, con gran certeza, a favor de los requerimientos de la Academia. Los enseres serían juzgados por los académicos; no por el aspirante.

Los años continuaron su curso. Ahora el padre Carlos Manuel de Céspedes tiene una obra recia. Por eso, ante la pregunta del actual presidente, el novelista y periodista Lisandro Otero, no titubeó al responder afirmativamente. Toda esa historicidad llegó al recuerdo de monseñor de Céspedes cuando se disponía a redactar su discurso de recién llegado y así la repasó ante el auditorio que después lo agasajó. En la memoria del padre Carlos Manuel se dieron cita José María Chacón y Calvo y Dulce María Loynaz con la sentencia clave: *acerca del bagaje académico reputarían los miembros; no el candidato*. Al dictamen ético de ambas glorias de la cultura cubana debe añadirse el gusto del padre Carlos por el paladeo del idioma español. “Reconozco que a mi edad actual, ya bastante avanzada –dice en su elogio vareliano–, lo que se me ha incrementado hasta niveles muy altos es el aprecio por la lengua castellana, que hoy paladeo, cuando la escribo y la hablo, con sazones y gustos que, cuando era muy joven, no percibía en el mismo grado”.

Pero en ese oficio de catador se impone el servicio. El idioma y la cultura hispánica no han dejado de alimentar en el sacerdote escritor la seguridad de que, quienes siempre han poseído la prerrogativa de estar bien al tanto de cada una de ellas, siempre albergarán en sus corazones “la deuda del servicio a los demás en ese ámbito, en el de la ayuda –sobre todo a los más jóvenes– para que desarrollen inteligentemente el gusto por el buen hablar, leer y escribir en castellano y, por ese camino interiorizar los valores que sólo pueden llegar al meollo de nuestra persona por medio del buen hablar, del bien escribir y del inteligentemente leer”.

Por ello, a juicio categórico del presbítero intelectual, “las palabras son más que palabras”.

La Iglesia, Cuba y la Academia

Resultaba imposible para el nuevo académico iniciarse en la vida de la noble institución sin recordar brevemente a las tres figuras eclesiales que lo han antecedido en la ACL. El primero es el Eminentísimo señor cardenal Manuel Arteaga y Betancourt, arzobispo de La Habana. El segundo es el Excelentísimo monseñor Evelio Díaz Cía, también arzobispo de San Cristóbal de La Habana. Y el tercero el padre Julio Morales Gómez desde sus tiempos de laico y profesor de derecho romano en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana. “Los tres –al decir de monseñor Carlos Manuel– fueron hombres de luz y a los tres los recuerdo con respeto y suma veneración filial”.

En la obra del padre Carlos es imposible separar las piezas imantadas que conforman *lo eclesial* y *lo cultural*. No sería hoy el vicario general de La Habana portador de una obra continuada si la Iglesia, Cuba y los entresijos culturales del universo-mundo no estuvieran latentes de manera perenne en sus intereses literarios. “Recibimos hoy –señaló en su discurso de acogida, con su acostumbrada galanura, el doctor Eusebio Leal Spengler– al teólogo, al orador sacro, al cubano bueno y recto que está aquí, en el corazón de Cuba, en el seno de la Patria, con un sentimiento como el que quería el Apóstol Martí de patria universal con todos y para todos”. Estas, no son meras frases de elogio; son palabras fotográficas que reconocen la pasión y el lirismo de una obra absorta en las tres vertientes señaladas.

Con punto de vista similar se dirigió al auditorio el presidente de la ACL, Lisandro Otero, en su



introducción, donde realizó un reconocimiento de la tarea de monseñor de Céspedes como eclesiástico ilustrado en la historia de la cultura cubana. Para el autor de la novela *El árbol de la vida*, monseñor Carlos Manuel es un hombre de la Iglesia y a la vez un “vástago de una ilustre estirpe de fundadores de nuestra nación, distinguido como ensayista, poeta y conferencista en nuestra vida cultural”. De manera que llega a la ACL un hombre de la Iglesia y ese detalle tiene una importancia singular que el neoacadémico enuncia en su discurso de aceptación por medio de la vida, la obra, los intereses y las inclinaciones culturales del presbítero Félix Varela Morales. Para monseñor de Céspedes, el padre Varela es más que “uno de los creadores de la nacionalidad cubana, sino que también es, simultáneamente, uno de los más notables paradigmas de esa categoría de cubanos nobles, aristócratas de espíritu –la más válida de las aristocracias. De los ‘Elpidios’ que le han nacido y le continúan naciendo en su entorno, se constituye lo mejor y más esperanzador de nuestra Patria”.



Los escritos y la vida del padre Varela componen una apoteosis de cubanía fundida en inagotable eclesialidad, así como en júbilo por la raíz española. ¿Por qué el padre Carlos intituló su discurso *El padre Félix Varela y España*? Por una razón muy humilde: existen cuatro cosas en la vida de la persona humana de las que es prácticamente imposible despegarse y después hacer una peregrinación terrenal coherente. Ellas son: el lenguaje, la geografía, la familia, la cultura y el credo religioso. El lenguaje es un medidor del talante, de la espiritualidad. La geografía es el radio de acción y el punto no solo de pertenencia; también de referencia.

La familia es la historia, esto es, la procedencia, la identidad. La cultura es el conocimiento y el reconocimiento del cosmos circundante. Y el credo religioso puede ser el fundamento y, probablemente, uno de los signos más visibles de lo *identitario*. Con esas cuatro piezas bien imantadas, y reconociendo en España el justo referente, el padre Varela consiguió un ensamblaje con una forma llamativa y agradable.

En torno a lo español en el padre Varela, monseñor de Céspedes opinó que los cuatro componentes antes mencionados descansan felices en el lecho de la hispanidad. Se trata de una “matriz [española] – dice el padre Carlos Manuel– que él [el padre Varela] asumió e interiorizó de manera dinámica y creativa, pero que no eliminó de su sustancia personal. Estoy convencido de que el padre Varela es un exponente espléndido de la cultura española, en su vertiente católica y liberal, en los inicios del siglo XIX y que, precisamente debido a esa razón fue capaz de ser uno de los padres más calificados de la cultura cubana”. La afirmación intenta demostrar la tesis siguiente: el presbítero Félix Varela “sostuvo el criterio de la necesidad de la independencia política de Cuba con relación a aquella España deteriorada tanto en su política interna como en su política colonial pero que simultáneamente mantuvo una vinculación íntima, existencial, cordial, e intelectual con la España de las esencias”.

Pueden cambiar muchas cosas en la vida, pero no las esencias. Ellas constituyen el hondón del ser, del existir y del actuar. Las esencias producen emanaciones que sí pueden refocilarse con otras particularidades. De ahí se obtendrá una síntesis capaz de dinamizar en un sentido o en otro el universo cultural. Bien lo sabe el padre Carlos Manuel y también es de sobra conocido por la Academia que hoy lo acoge en su seno. Monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal servirá en la ACL con su talante de cubano miembro de la Iglesia, como hombre de recta conciencia, convencido de que el ejercicio de la cultura ennoblece a la persona humana, a las comunidades, a las naciones y al mundo. La cultura es la mesa de negociación más eficaz en esta época marcada por la contracultura de la muerte y la frivolidad del postmodernismo.

De modo análogo, la ACL estima que, con el padre Carlos Manuel de Céspedes, se ha enriquecido la vocación de servicio en la institución. “Damos votos porque su presencia sea larga –dijo el doctor Eusebio Leal Spengler–, su sabiduría nos comprometa, su buena compañía nos ilustre, nos ayude ahora que comenzamos todos, por virtud de nuestros años y tiempo vividos a ser también una comunidad provecta e ilustrada en el seno de la cultura cubana, a recorrer el camino”. Mucho aportará a la ACL la presencia y el verbo libre de alambiques del vicario general de la arquidiócesis de La Habana, considerado por muchos como uno de los escritores más perspicaces dentro del amplio espectro de la cultura nacional de las últimas cuatro décadas. Eso, a monseñor Carlos Manuel de Céspedes, le va. Porque, como el padre Varela, también comprende y ama el germen de la cubanidad: la hispanidad genuina. Y, por encima de todo, a la Iglesia y, como él mismo afirma, a “Cuba, esta Isla que todavía se estremece por las dificultades de un parto prolongado y laborioso, pero que ya nos congrega y anima con la mejor esperanza de una vida nueva”.